
CANTO SEGUNDO.

DIEZ veces y seis más, el mes de Marte
Mirado habrá el sol de los antípodas
Cruzar el hemisferio de la América,
Dorando las montañas y los prados,
Los mares, los arroyos, las campiñas,
Los pueblos, las ciudades opulentas,
De la rica nación de Moctezuma.

Quinientas lunas el zenit del cielo
Habían alumbrado desde la hora
En que del Golfo mexicano hendieran
Las turbulentas olas, los bajeles
De la reina y señora de los mares,
La opulenta Albion y los navíos
De la orgullosa Iberia que surcaban
Por cuarta vez atlánticas las olas
Que gimieron un día al eco fuerte
Del gigante Colón y al grito fiero
Del gran conquistador, del arrojado,
Intrépido Cortés, que con su acero
Los dioses falsos derribó, invocando
La santa religión de Jesucristo,
Al descargar el golpe de su espada..... !

Quinientas lunas alumbrado habían
 Desde esa hora fatal en que mirando
 La España de Isabel y de Victoria
 La Albion, de la Francia la perfidia,
 Dieron al viento sus tendidas velas
 Otra vez á las playas de la Europa,
 Para no obscurecer sus pabellones.

Quinientas lunas recorrido habían
 El hemisferio, desde aquel instante
 En que las naves del Señor de Francia
 Traspusieron del Golfo el oleaje,
 Creyendo en sus delirios ambiciosos
 Que la tierra de Hidalgo y de Morelos
 Era la patria degradada, abyecta,
 Del miserable, imbécil argelino.

Trece meses corrieron desde el día
 En que de Solferino los laureles
 Bajo los duros pies de los caballos
 Del soldado guerrero de mi patria
 Quedaron marchitados, cuando el eco
 Al oír del invicto Zaragoza,
 Brilló más esplendente el sol de Mayo
 Al abatir, rugiendo de despecho,
 Laurencez á sus águilas triunfales,
 Que á cien débiles reyes de la Europa
 Mil veces orgullosas humillaron.

Diez veces y seis más el mes de Marte
 Iluminaba el sol las altas cumbres
 De los volcanes, y las altas torres
 De la heroica ciudad de Zaragoza;
 Y apenas asomaba en el Oriente

La aurora de ese esplendoroso día,
 Cuando llegó un heraldo mexicano
 En su bridón violento, jadeante,
 Bañado de sudor, de espuma blanca
 Lleno el freno, que tasca con bravura:
 Penetró en la ciudad de los guerreros,
 Y preguntando por el jefe, al punto
 Es conducido á su presencia, y luego,
 Así, agitado y trémulo, le dice:
 — General ciudadano, sus fulgores
 Apenas el lucero matutino
 Comenzaba á asomar por el Oriente,
 Cuando el eco sonó de los clarines
 Del ejército galo; y se escucharon
 De la guerrera caja los redobles
 En las tendidas lomas de Anahuacan:
 Al punto por doquiera movimiento
 Se observa, acuden todos, se organizan
 Los batallones, ármanse los carros,
 Y rueda la pesada artillería,
 Y relinchan briosos los corceles
 Que parece que anuncian la batalla,
 He visto organizarse las columnas;
 He visto destacar fuerzas potentes,
 Para cubrir los flancos, y entretanto,
 He visto al franco, que se jacta audace
 De llamarse valiente y esforzado,
 Acciones cometer de cobardía.
 — Bien, dijo el general: eres cumplido:
 Párte en otro corcel, vuelve animoso,
 Y observa al enemigo.—Dijo, y luego
 El general se apresta á la batalla.
 Rápido como el mismo pensamiento,
 Volvió el ginete presto á su destino.

Suena en tanto el clarín en los contornos,
Y aquí y allí se aprestan al combate
Los valientes que entonan entusiastas
De la patria los cánticos heroicos,
Mientras vuela el jinete galopando.

La cuarta parte apenas recorría
Del hemisferio el sol resplandeciente,
Que en nuestro suelo en Marzo caluroso
Flores derrama en todas las campiñas,
Cuando imperioso se oye el estallido
Del cañón de Loreto y Guadalupe,
Que resonando, á la ciudad desciende
Como señal que anuncia á los guerreros
Que el galo audaz con ímpetu se acerca.

No bien el eco del cañón retumba
De Puebla en los palacios, cuando al aire
Se tiende el pabellón de tres colores
Con majestad, como anunciando un día
De triunfo y de victoria inmarcesible.
El eco del clarín conmueve el viento
Con el bélico són de generala,
Que al combate convoca presuroso;
Aquí y allí preséntanse contentos
Los generales, los patricios, todos,
Que acuden y demandan entusiastas
Armas para luchar. De blanca espuma
Llenos están los frenos de los briosos
Y bélicos corceles, que relinchan
Ricamente enjaezados y ostentando
Magníficos y espléndidos arneses;
Parecen los caballos de un torneo
Que á su doncel esperan impacientes,

Más bien que los caballos de batalla;
Mientras por la ciudad repite el eco
De las marciales dianas, se presenta
En un soberbio potro jerezano
De Calpulalpan el soldado invicto,
Cercado de cien jóvenes ginetes,
Que ostentan sus vistosos uniformes
Y una banda terciada en que se miran
Los tres colores del pendón de Iguala:
Uno de ellos conduce el estandarte
Emblema de la patria y de sus glorias:
Veloces como el rayo, del palacio
Sale Ortega, y Negrete, y Berriozábal,
Y Llave, y Lamadrid, y Huerta y Díaz,
Y otros jefes, ansiosos de combate,
Recorren presurosos y animados,
Los fuertes, las murallas y los fosos,
Las ramblas que rodean Zaragoza:
Y en cada fortaleza, en cada muro,
Do se presenta Ortega, vibra el viento
Repitiendo mil cánticos marciales:
Ortega, en cuya frente reflejaba
De Calpulalpan la esplendente gloria,
Así les dice á todos los guerreros:

“ Hijos de la República ! La hora
“ Sonó ya del combate; á nuestro frente
“ Están ya los guerreros indomables,
“ El terror de la Europa esclavizada !
“ Vedlos allí; ¡ valor ! que con nosotros
“ Está de Zaragoza el invencible
“ La augusta sombra, y con nosotros lucha;
“ Mirad á Guadalupe; allí os espera
“ La gloria que cubrió á nuestros valientes

" El quinto día del florido Mayo !
 " El mismo sol alumbra vuestra frente,
 " Y en muchos de vosotros brilla el lauro
 " Que en ese día conquistó la patria.
 " ¡ Gloria á la Independencia Mexicana !
 " ¡ Gloria á la libertad que nos legaron
 " El inmortal Hidalgo y Zaragoza ! "

Dijo, y estrepitosos resonaron
 Mil vivas á la patria y á los héroes;
 Después que recorrió los campamentos,
 Llegó Ortega á la plaza do se eleva
 La estatua virginal de la Victoria,
 Y allí tiene lugar un acto tierno,
 Que nos hizo verter glorioso llanto:
 Desplegaron en orden de batalla
 Mil valientes ginetes que con pena
 Detienen la impaciencia á sus corceles;
 Animosos esperan la bandera
 Del regimiento que ondear desean
 En medio del fragor de la batalla:
 Súbito un grito se extendió en el viento:
 ¡ Gloria á la Independencia soberana !
 ¡ Viva el héroe valiente de Silao !
 ¡ Victoria al vencedor de las Peñuelas !
 Es Ortega que llega en su arrogante
 Y brioso corcel, acompañado
 De su estado mayor, cuya apostura
 Les semeja á los ricos mariscales
 De los pueblos guerreros y opulentos;
 Luego que llega embraza la bandera
 En que las armas nacionales brillan
 De laureles de oro coronadas.
 " Mexicanos, exclama, en este día

" De inmortales recuerdos á la patria,
 " Yo os entrego el pendón de vuestras glorias;
 " Allí está el enemigo; en este lábaro,
 " El lábaro llevad de la victoria,
 " Llevadlo siempre al frente, que sus águilas
 " Espantarán al león de Solferino;
 " Jamás le abandonéis; sus tres colores,
 " De la patria las glorias simbolizan:
 " Si á su sombra por siempre estáis unidos,
 " Mexicanos, jamás seréis vencidos ! "

Dijo, y al punto la entregó en las manos
 Del jefe, en medio de entusiastas vivas;
 De allí, mientras gozosos los ginetes
 Acuden á sus puestos, se dirigen
 Ortega á Guadalupe, acompañado
 De los heraldos y los jefes todos.
 Al cruzar por las calles opulentas
 De la invicta ciudad de Zaragoza,
 Coronas de laurel, ramos de flores,
 Arrojan por doquier de las alturas,
 Y entre gritos de aplauso y entusiasmo,
 A Ortega en todas partes vitorean:
 Él, con la frente erguida, con la risa
 En los labios, á todos les saluda,
 Y en medio de ese triunfo prolongado
 Llega de Guadalupe á la colina:
 Los generales todos le rodean,
 Mientras observa las columnas galas;
 Se apodera del óptico instrumento
 Y comienza á observar; el enemigo
 En orden de batalla desfilando,
 Del Anáhuac las lomas trasponiendo;
 Pasando por los campos esmaltados

Frente á frente del bello Guadalupe;
 En tanto por el centro, en el camino,
 Se divisan del galo las columnas
 Serpenteando cual víbora gigante,
 Erizada de acero; los marrazos
 De la vistosa, altiva infantería
 Brillan del sol al reflejar la lumbré.

De pronto esa serpiente gigantesca
 Se detiene un momento, y semejante
 Al dragón infernal á quien nos pintan
 Con múltiple cabeza, al ondearse
 Asoma otra cabeza que otro rumbo
 Toma con dirección á la Malintzi;
 Toma otra parte, el centro del camino,
 Y se detiene un poco. Se parece
 A una inmensa serpiente perezosa
 Cuyas muchas cabezas gravitando
 Por su peso terrible, toma aliento
 Para poder seguir en su camino,
 Lento, pesado, soñoliento y grave:
 En tanto el sol en su carrera sigue
 Imperturbable, y al zenit avanza,
 Ardiente como lo es en las regiones
 Que se acercan al trópico de Marzo.

El sol de primavera á plomo lanza
 Sus rayos que refleja la llanura,
 Y hace tomar descanso á las legiones
 Del galo audaz que ordena su batalla
 En medio de la espléndida campiña:
 Medroso, sin embargo, por sus flancos
 Destaca vigilantes avanzadas,
 Y en pabellón sus armas brilladoras

Coloca, en tanto que el calor declina:
 Entretanto que Ortega el movimiento
 Examina del pérfido enemigo,
 Negrete va á la plaza refrenando
 Su potro pinto que la espuma arroja,
 Y el pedernal rompiendo de las calles
 Con los herrados cascos lanza lumbré
 Al golpe atronador de sus pisadas.
 Seguido de otros jefes y ayudantes,
 De la plaza recorre las reservas
 Y después de ordenar sus batallones,
 Sus escuadrones todos y el repuesto
 De sus atronadoras baterías,
 Así entusiasta á los soldados dice:

“Soldados de la patria, el extranjero
 “Por fin sacude la inacción, se mueve,
 “Y tal vez el fragor de sus cañones
 “De Puebla heroica vibrará en las puertas,
 “Y querrá con sus bombas de Crimea
 “Amedrentar vuestro valor heroico!
 “Pero también muy presto abatiremos,
 “Como el cinco de Mayo, á sus legiones!
 “No lo dudéis, de México el soldado
 “Vale más que el terror de Solferino;
 “Recordad á Acultzingo, á Guadalupe,
 “Tampico y Acapulco, donde el bravo
 “Terror de las naciones de la Europa
 “Huyó despavorido y espantado;
 “El que invencible se soñaba un día,
 “El que abatir creyó nuestros pendones,
 “Sólo al dejarse ver, á nuestras plantas
 “Ha mordido la tierra al humillarse;
 “Soldados, tened fe, que un triunfo heroico